

CAPÍTULO II

Carácter del pueblo etolio. – Sus motivos para hacer la guerra a los mesenios.

Hacia ya mucho tiempo que los etolios padecían con impaciencia la paz y el mantenerse a su costa. Estaban acostumbrados a vivir a expensas de sus vecinos. Su natural arrogancia les había constituido en la precisión de muchos gastos y, esclavos de esta pasión, codiciaban siempre lo ajeno, mantenían una vida feroz, no reconocían amigo y reputaban a todos por enemigos. En los tiempos anteriores, mientras vivió Antígono, los había contenido el respeto a los macedonios; pero después que éste falleció y dejó por sucesor al joven Filipo, llenos de desprecio por su persona, buscaron ocasiones y pretextos para mezclarse en los asuntos del Peloponeso y, arrastrados, según su inveterada costumbre, del deseo de saquear esta provincia, se creyeron con mayor derecho para hacer la guerra a los aqueos. En este pensamiento estaban, cuando contribuyendo algún tanto el acaso a sus propósitos, se valieron de este pretexto para el rompimiento.

Dorímaco Triconense, hijo de aquel Nicóstrato que violó la asamblea general de los beocios, joven intrépido y codicioso, como buen etolio, fue enviado de parte

de su República a Figalea, ciudad del Peloponeso, situada en los confines de los mesenios, y confederada a la sazón con los etolios, con el fin, en apariencia, de defender la ciudad y el país, pero en realidad con el de espiar lo que pasaba en el Peloponeso. Durante su estancia acudieron a Figalea muchos piratas, y sin arbitrio para proporcionarles algún botín con justa causa, por durar aún entonces la paz general de Grecia ajustada por Antígono; finalmente, falto de recurso, les permitió robar los ganados de los mesenios, que eran sus amigos y aliados. Al principio robaron sólo los rebaños que había en las fronteras, pero después, pasando adelante la insolencia, emprendieron saquear las alquerías de la campiña, asaltándolas de noche y cuando menos se pensaba. Los mesenios llevaron muy mal estos procedimientos, y enviaron legados a Dorímaco. Éste al principio no hizo caso. Tenía interés en que se enriqueciesen las tropas de su mando y enriquecerse él mismo con la parte que tenía en los despojos. Repetidas las instancias de los diputados por la frecuencia de excesos, respondió que iría a Mesenia y satisfaría las quejas contra los etolios. Efectivamente fue, acudieron a él los agraviados; pero o se burló de ellos con mofas, o los insultó y amenazó con escarnios.

Una noche que se hallaba él aún en Mesenia, los piratas se aproximaron a la ciudad y, aplicadas las escalas, asaltaron el cortijo de Quirón, degollaron a los que se resistieron, maniataron los restantes criados y se llevaron consigo los ganados. Hasta ese momento los éforos habían padecido, aunque con dolor, estos excesos y la llegada de Dorímaco; pero entonces, creyendo que ya pasaba a desprecio, le citaron ante la asamblea de los magistrados. Era a la sazón éforo de los mesenios Esciro, personaje de probada conducta entre sus ciudadanos. Éste fue de parecer que no se dejase salir de la ciudad a Dorímaco sin que resarciese todos los daños a los mesenios y entregase a los autores de tantas muertes para expiar sus delitos. Aprobado unánimemente el parecer de Esciro como tan justo, Dorímaco irritado les dijo: «Sois demasiado necios si creéis que este insulto es a mí y no a la República de los etolios; la acción, a mi ver, es muy indigna para que deje de atraeros un público castigo, que os estará bien merecido».

Había a la sazón en Mesenia un hombre malvado, sacrificado del todo a las miras de Dorímaco, por nombre Babirtas, quien, si se ponía la gorra y vestido de Dorímaco, no era fácil distinguirlo: tanta era la uniformidad de voz y demás partes del cuerpo que había entre los dos. No ignoraba esto Dorímaco. Éste, tratando con imperio y altanería a los mesenios, Esciro montado en cólera, «¿juzgas acaso, Babirtas, le dijo, que haremos caso de ti ni de tus amenazas?» Estas palabras bastaron para que Dorímaco cediese al instante a la necesidad, y permitiese a los mesenios tomar venganza de todos los excesos cometidos. Vuelto a la Etolia, le pareció tan cruel y áspero el dicho de Esciro, que sin otro justo motivo sólo por esto suscitó la guerra a los mesenios.